

**DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (1º Reyes 17,10-16): *Haz un panecillo y tráelo para mí.*

**Salmo** (145,7.8-9a.9bc-10): *«Alaba, alma mía, al Señor»*

**2ª lectura** (Hebreos 9,24-28): *Cristo se ha ofrecido una sola vez para siempre.*

**Evangelio** (Marcos 12,28b-34): *Amarás al Señor, tu Dios y amarás a tu prójimo.*

*¿Qué fue de aquella juventud activa, idealista, comprometida, sensible a los problemas sociales? Este era el tipo de juventud en mi época. Unos jóvenes que participaba en nuestras parroquias; que se animaba a continuar en grupos tras la confirmación, que organizaban los clubes juveniles o de tiempo libre, que daban vida a nuestras Asociaciones Marianas, que continuaban unas actividades de formación religiosa y ciudadana. Que dedicaban parte de su tiempo en colaborar con los más necesitados. ¿Qué ocurre con nuestros jóvenes?*

*¿Cuál es su situación actual? Los porcentajes de paro juvenil y de jóvenes que se marchan fuera de España para trabajar son temas de conversación, Son, cada vez más, los que no terminan su periodo de formación (estudios), los llamados “nini”, que ni trabajan ni estudian, porque lo que les interesa es solo estar con los amigos, pasarlo bien y no pensar apenas en el futuro. ¿Qué ocurre con los jóvenes hoy?*

*En el modelo de formación del joven “suficientemente preparado” que hoy domina los lemas son: “estudia más para destacar”, “haz la carrera con más prestigio”, “esfuérzate para conseguir un trabajo mejor remunerado”, “cuidado con la competencia”, “nadie regala nada”... También los jóvenes cristianos, se forman según este esquema y, aunque lo pasen bien (sin ser “ninis”) en los grupos parroquiales y participen con ganas en ella (sin ser “hipercomprometidos”), se ven presionados por lo que llegar a ser. Así que no se pueden divertir ni comprometer porque se “tienen que seguir preparando”.*

*Tal vez, sin embargo, contemos con la posibilidad y las herramientas para transmitir un modo de formación diferente, un modelo y un ideal de persona más atrayente, con profundos valores y una experiencia auténtica de lo que significa estar preparado para la vida desde la bondad y el amor.*

El contacto y trato con Jesús nos coloca ante elecciones. No pensemos con ello, como se cree muchas veces, que estamos situados continuamente ante opciones decisivas: a favor o en rechazo del mensaje de Jesús, con el miedo consecuente a equivocarnos. De hecho, es la propia vida la que nos coloca ante decisiones constantes, en las que fallar o pecar es lo más humano, lo que Dios sabe y también ama. Porque la elección no consiste tanto en hacer una cosa o la otra, sino en querer ser de una u otra forma.

Quien dice que vivir es fácil es porque se olvida de los problemas y dificultades, o porque se blinda ante ellos y también ante las oportunidades que conllevan. Cuando el profeta Elías habló a la viuda de Sarepta reconoció la dureza y complejidad de su situación, y no por ello vio complicado que compartiera su pan con él. La vida se complica cuando no tiene horizonte ni perspectiva, cuando como para la viuda solo queda **«comer y luego morir»**. Dotar de un sentido a la vida no la hace más fácil, pero si menos complicada y más sencilla.

Porque sencillez no equivale a simplicidad. Una dificultad se simplifica cuando dejamos de ver todas las oportunidades que nos brinda, cuando resuena monocorde y en una sola dirección. Pero las notas de la vida, que la mayor parte de las veces suenan dispares (una alegre y otra triste, una fuerte otra débil, una acertada y la otra fuera de tono), pueden encontrar en la sencillez su armonía: sentados en torno a una mesa, como Elías, la viuda y el hijo de esta, compartiendo lo que se posee y confiando en que Dios da a cada uno lo que necesita.

Para lograr tal confianza y poder compartir todo lo que tenemos, como aquella otra viuda a la que Jesús y sus discípulos observaban en el templo, se ha de tomar una tercera alternativa, que sigue a la de no complicar pero reconocer la complejidad de la vida, y a la de buscar su sencillez en lugar de simplificarla. Se trata de elegir: o bien ocupar los primeros puestos, expulsando a los demás al final de la cola, o bien reconocerse sencillamente como los últimos, sin ser por ello ultimados.

He aquí la paradoja que Jesús mostró a sus discípulos en el templo: unos pueden ser “los primeros” a costa de los demás, pero alguien no es un “último” porque sea allí colocado por los primeros sino porque desde ese lugar (el de la complejidad y sencillez de la vida) sabe que “nadie es ni tiene más que nadie”, que todos somos igualmente amados por Dios.

Amor y bondad. **«Ha echado todo lo que tenía para vivir»**. El amor que se recibe no es para guardarlo y cuando se comparte se transforma en bondad. La bondad acompaña al amor. Este es el único bien realmente valioso que merece la pena tener, porque cuanto más se da más crece. Por ello se entiende que aquella viuda que había echado todo lo que tenía para vivir era la última y la más afortunada de todos.